

EL LABRIEGO

Año 38

Decano de la Prensa Manchega.
FUNDADO POR DON CEFERINO SAUCO DÍEZ

Núm. 11.931

DIRECTOR:
ARTURO SAUCO ARDILA

CIUDAD REAL 9 DE MAYO DE 1915
La correspondencia al Director.

ADMINISTRADOR:
JUSTO S. ESCRIBANO

INÉDITO

EL VALOR DE LA VIDA

(DE COLABORACIÓN ESPECIAL)

La crónica de la guerra divulga cifras aterradoras de mortandad en los campos de batalla. Los cálculos que sobre ellas se hacen, se modifican á la hora siguiente por la gran extensión de la línea de fuego.

¿Qué secreto impulso suple las bajas en los frentes que luchan sin que ninguna de las fuerzas que combaten subordine al instinto de vivir las peripecias de los encuentros? O de otro modo: ¿Qué incentivo puede más en los soldados: el de la seguridad de la victoria por la esperanza de la eficacia en el esfuerzo, el del amor á la Patria contra la cual combate el enemigo para someterla á los ultrajes de la victoria, el del miedo á la coacción ó la creencia purificadora en que la vida individual no cumple su fin si no se sacrifica en obsequio de la vida de la nación que debe ser inmortal como templo donde se rinde culto perenne á los antepasados?

Fijad la atención en que el llamamiento á filas de todas las clases sociales en los pueblos que contienden, niega á la guerra el carácter de una oclomaquia que es la lucha en los ejércitos constituidos por el reclutamiento de las clases más menesterosas.

Todos los ciudadanos por el hecho de serlo, se ven compelidos á vestir el uniforme militar y á someterse á los rigores de la disciplina de combate.

He dicho en algún artículo que la guerra era el fracaso de la moral, del derecho y de la justicia. No temo que se me acuse de dado á la paradoja al afirmar en estas líneas que la continuidad de la lucha armada es el triunfo del sentimiento del deber. La falta de colisión atrae esas dos ideas que parecen antípodas, se advierte con sólo considerar los círculos concéntricos en

que se manifiesta la moral en el mundo desde el mínimo del sentimiento conservador de la persona física hasta el máximo que comprende á todos los restantes de la moral humanitaria.

Dormía yo ha dicho Kant, y soñaba que la vida era felicidad. Desperté de mi sueño y he visto que la vida es deber.

Este deber, para que sea fecundo, ha de adquirir la forma de abnegación y de sacrificio. No somos nuestros, somos de los demás. Aquél concepto de la libertad y de la esclavitud en Roma de los hombres sui juris y alieni juris subsiste en la actualidad. Queramos ó no, aunque se someta á distintos principios, y revista diversas modalidades.

La diferencia está en el amo. Ayer era algo tangible y concreto que podía desaparecer como el esclavo mismo; hoy es la nación de que somos súbditos que teóricamente debe sobrevivir á cada uno de los que la constituyen.

Somos alieni juris cuando el Estado nos llama para servirle en defensa de su integridad ó de su honor. El derecho de vida ó muerte sobre sus esclavos del señor de Roma ha sobrevivido á todas las revoluciones, transmitiéndose á la representación jurídica de la Nación de que somos parte.

El precio de la vida se ha elevado á beneficio de la libertad en las condiciones normales de los pueblos y se ha envilecido al desaparecer esas condiciones y convertirse los ciudadanos sui juris en ciudadanos alieni juris en virtud de su militarización.

Lester F. Ward ha justificado el mayor precio en la vida de los hombres cultos diciendo que los salvajes más inferiores la estiman en muy poco y la exponen ante la más leve provocación y que el valor para



El aplaudido ilusionista Stelk, que actúa con gran éxito en Cervantes.